

# *El secreto de la gruta*

*cuento scout escrito por*

*Graciela Beatriz Pereira,*

*Kaa del Grupo Scout N°17 San Martín de Tours*

*y Elefante Sincero,*

*Jefe de Tropa Scout del Grupo Scout N°91 San Patricio*

*en Argentina, en el año del Señor 1995*

## **EL SECRETO DE LA GRUTA**

Era Jueves Santo. El gran Sol iba ya camino a esconderse detrás del horizonte y nosotros, que estábamos de excursión con un campamento Scout, pedimos permiso para caminar hasta la orilla del mar a ver el anochecer.

Akela estuvo de acuerdo y nos dejó ir, con la condición de que volviésemos unos minutos antes de que empezara la cena. Él sabía que la puesta del Sol vista desde la playa era hermosa.

Los seis caminamos durante un minuto, pero pronto nos dimos cuenta que si no nos apurábamos, cuando llegásemos iba a estar todo oscuro. Igual no era muy lejos; así que empezamos a correr.

Pasamos la zona de los pinos; subimos y bajamos el primer médano; el segundo; y el último, aunque ya nos quedaba poco aire, pero teníamos muchas ganas de llegar y no pensábamos dejar que nada nos detuviera. La playa tenía unos diez metros; el océano estaba crecido y el agua, ola tras ola, se acercaba cada vez más al pie de los médanos.

Despacito nos fuimos sentando sobre la arena mojada. Yo metí los pies en una montaña de espuma, amontonada en la franja hasta donde llegaba el agua. La seisena completa hizo silencio y nos dedicamos a escuchar al

mar mientras veíamos los maravillosos colores del cielo. Eran una mezcla de celestes, rojos y amarillos, que de a poco iban apagándose hacia el azul.

De repente, como una luciérnaga, el último rayo de sol que escapaba del horizonte pinchó la cresta de una pequeña ola cerca de mis pies e hizo un destello verde, justo antes de que algo duro chocara contra mi talón derecho. Me estiré hacia adelante, lo agarré y le saqué la espuma que lo cubría.

Era una botella. Verde. Taponada muy fuerte con un corcho viejo y oscuro.

Los llamé a mis compañeros y entre todos, cuando vimos que parecía tener algo adentro, hicimos fuerza para sacarle el tapón. Luego de tirar un rato logramos nuestro objetivo.

¡Cluc!, se destapó. Adentro había un papel blanco con los bordes marrones. Como era frágil lo sacamos con sumo cuidado; igual se nos rompió un pedazo. El papel decía : ...

## **Capítulo uno: EL MENSAJE DE LA BOTELLA**

*... Isla Nueva, 25 de abril de 1896*

*A quienes encuentren esta carta les cuento que naufragamos. Estábamos navegando hacia la costa americana cuando sobrevino una gran tormenta de viento y granizo. Los cascotes de hielo rompieron las velas de nuestra barcaza y pronto destruyeron el casco. A medida que nos hundíamos, el fuerte oleaje nos arrastró milagrosamente hasta las costas de una tierra que no conocíamos. Allí terminó de sumergirse nuestra embarcación y todos menos el guía de la expedición pudimos llegar a la playa nadando. El guía estaba sosteniendo el mástil de la vela mayor para que no nos cayera encima cuando otro palo se precipitó y lo golpeó en la cabeza quitándole la vida. Gracias a él estamos hoy todos vivos.*

*Bautizamos a esta isla como “Juan Mendoza del Calzoncillo”, en honor a nuestro héroe. Pero más adelante, conocimos a un grupo de gente que habitaba al otro lado de la sierra, y nos contaron que ellos llamaban al lugar como lo habían bautizado sus ancestros : “Bacuotiaio” , que en nuestro idioma significa algo así como “Isla Nueva”. Decidimos entonces que si ya tenía nombre, no le pondríamos otro distinto, y desde entonces le llamamos así. Los nativos de la isla nos dieron luego la idea de*

*que fundáramos cerca de la playa en donde naufragamos, un pueblito con el nombre de nuestro guía. Y así lo hicimos.*

*De a poco nos fuimos adaptando. Hasta que terminamos de construir una embarcación para regresar a casa los veintidós, pasaron ocho meses y medio, y cuando teníamos que partir, nadie tenía ganas. Decidimos entonces que cuando pudiéramos, iríamos a buscar a nuestras familias y les propondríamos vivir en la isla. Pero mientras tanto, como me enseñó una indiecita, todos seríamos nuestra gran familia.*

*Jaya (la indiecita) nos llevó un día al lugar donde los nativos se reunían para orar. Era una gruta de piedra rodeada por árboles, cerca del abra de la única sierra de la isla. Allí habían visto un día a la madre de todos los indios; Ella les contó entre otras cosas que también tenía otros hijos, y que pronto habrían de venir algunos de ellos a visitarlos. Jaya me hizo comprender que realmente éramos hermanos; ella y yo; yo y mis compañeros; sus hermanos y los míos, que también eran suyos. Y de a poco me fui dando cuenta que podía querer a todos como lo que eran : mis hermanos.*

*La madre de todos venía a la gruta cuando nos reuníamos a rezar, cada vez que la necesitábamos; y ayer, me llamó y me pidió que hiciera una carta indicando como llegar a la gruta; me pidió también que la metiera adentro de una botella de las*

*que habíamos traído en el barco, la tapara bien y la arrojara al océano para que viajara, y llegara a las manos de seis lobatos scouts que sabrían seguir las huellas... -cuando leí esto sentí que se me erizaba la piel, empecé a temblar sintiendo en mis pies descalzos el frío de la arena húmeda, levanté la vista del papel y miré con los ojos muy abiertos a mis compañeros que, a medida que terminaban de leer hasta donde yo había llegado, hacían lo mismo que yo.*

*Ya era tarde y teníamos que volver al campamento, Akela estaría preocupado.*

## Capítulo dos: LAS PISTAS

Cuando llegamos al campamento los chicos estaban protestando porque todavía no habían servido la cena; al principio nos dio bronca que nos protesten y griten, pero pronto nos acordamos que ellos eran nuestros hermanos, hermanos en serio, y los perdonamos. Los adultos estaban muy nerviosos y cuando llegamos respiraron aliviados (y también nos retaron).

Nos sentamos todos a la mesa y nos dimos cuenta que Akela no estaba con nosotros. Le preguntamos entonces a Baloo y él nos dijo :

\_Pequeños lobos, Akela fue a buscar a sus cachorros junto con el jefe de tropa y tres raiders. Pronto regresarán.

Uno de los seiseneros dijo la bendición y empezamos a comer. La polenta calentita con tuco estaba riquísima - más con el frío que teníamos-.

Después de cenar, fuimos con los chicos a nuestro cubil, estuvimos pensando un rato, y decidimos esperar a que llegara Akela para contarle lo de la botella. De todas formas, antes de irnos a dormir podíamos terminar de leer el mensaje.

*...Ahora lobatos hermanos míos les voy a dar las pistas para que puedan llegar a la gruta de nuestra madre, donde se esconde un fabuloso tesoro.*

*Lo primero que tienen que hacer es encontrar al viejo lobo, acordarse de Juan Mendoza del Calzoncillo, y luego pedirle que los lleve al lugar en donde él se detuvo a rezarle a nuestra madre durante su raíd. Allí encontrarán el mapa en lo más alto de lo que del piso sale. Este mapa los ayudará a hallar un largo sendero de huellas, que tendrán que seguir si realmente quieren descubrir el tesoro. Es muy posible que se cansen; durante el viaje se cruzarán con una, dos, y hasta tres pruebas si pasan las dos primeras. No se desanimen. Fuerza que si ustedes quieren, ¡pueden!*

*Recuerden que cada camino de mil millas comienza con un paso.*

*Toda la suerte; que Dios y Nuestra Madre los acompañen,*

*Garzón del Sol y la Luna*

*PD 1 : Cuidado con el sapo grande; escuchan al viento.*

*PD 2 : Saludos de Jaya.*

## **Capítulo tres: LA NOTICIA ALARMANTE**

Teníamos una intriga bárbara y esa noche nos costó dormirnos un montón.

Dieron las seis. Yo estaba envuelto por mi bolsa de dormir y soñaba.

En mi sueño, estábamos navegando con los chicos por el océano, cuando el capitán me pidió que subiera al puestito que estaba en lo más alto del palo mayor para observar cuánto camino faltaba hasta la costa. Ya arriba, me encontraba mirando con un catalejo hacia el Este, tratando de ver algo que no fuera agua, cuando de improviso un fortísimo vendaval me golpeó por la espalda y me arrojó al vacío. Empecé a caer rápido, pero cada vez mi caída se hacía más lenta (como pasa a veces en los sueños). En cuanto pude, estiré velozmente mis brazos y me prendí de la tela de una vela con toda mi fuerza. Fue entonces cuando el viento, que parecía soplar contra mí, empezó a zarandearme de un lado a otro junto con el flameo de la vela que acababa de soltarse.

Comencé a gritar y gritar y de repente, abrí los ojos y vi a uno de mis amigos agarrándome de los hombros y gritándome en voz baja :

\_¡Despertate, despertate; que tenés que hacer la guardia; dale despertate!

\_Sí, ya voy -le contesté medio dormido.

Lo había olvidado, con todo el asunto de la botella olvidé que esa mañana de seis a ocho tenía que hacer la guardia, junto con una chispita y dos scouts. En una hora y pico tendríamos que ponernos a preparar el mate y las galletitas, tocar la diana, golpear unas tapas de cacerola adentro de la carpa de Baloo -que era un dormilón-, y terminar de armar las mesas para que todos pudieran desayunar. Aunque me costaba despertarme y abrigarme para salir, hacer guardia me gustaba.

La luz del día acababa de nacer cuando saqué los dos pies afuera de la carpa para ponerme los zapatos. El pasto verde estaba cubierto de rocío y hacía bastante frío. Aquel clima que se creaba al amanecer era re especial; daba ganas de hacer cosas.

Hiciéronse las siete y cuarenta y cinco. Adentro de la enorme cacerola ya empezaba a burbujear el agua que hacía un rato los scouts habían puesto sobre el fuego. Estábamos echando la yerba y algo raro sucedió : después de oír unos murmullos en una de las carpas de dirigentes, el cierre se abrió, como asustada salió Bagheera y vino corriendo hacia nosotros.

\_Chicos, no lo vieron a Akela.

Nos miramos entre nosotros.

—No, por acá, mientras nosotros estuvimos, no pasó —respondió la chica scout— pensamos que ya habían llegado.

—No llegaron; esperemos que estén bien. Toquen la diana ya, que necesitamos ir a buscarlos.

La chispita y yo nos quedamos helados. En seguida, el muchacho scout puso en mis manos una de las dos cornetas que usábamos como diana y empezamos a tocar.

¡Turuturú turú!

—¡Arriba todos! ¡Arriba todos, que hay chicos perdidos! —iban gritando las chicas por las carpas mientras nosotros soplábamos.

Baloo organizó a la tropa y a las comunidades en unos minutos, y pronto se fueron todos a buscarlos.

Pasaron horas y horas (capaz que era menos pero nos parecían horas) y nadie aparecía. Estuvimos rezando un rato y tratamos de jugar un escalpo, pero estábamos nerviosos y ninguno quería; Bagheera tampoco.

No aguantamos más, y le pedimos a nuestra pantera negra que nos dejara ir por el camino que usamos el día anterior para ir a ver el anochecer a la playa. Costó convencerla pero al final dijo que sí; debíamos ir y volver.

Después de todo sólo Akela y nosotros conocíamos el atajo por donde habíamos pasado. Bagheera no nos acompañó porque debía quedarse con los demás lobatos y chispitas, que también estaban bastante asustados.

## Capítulo cuatro: BUSCANDO A AKELA

Empezamos a andar. Cuando arribamos adonde se erigían los primeros pinos, comenzamos a desplazarnos despacio y con cuidado; buscando pistas en el suelo y en los árboles y plantas que nos rodeaban a ambos lados del sendero, como hacía tiempo nos había enseñado el viejo lobo.

Nada estaba claro, hasta que de sorpresa, uno de los chicos gritó -¡Esperen!-. Había hallado en la punta fresca de una ramita rota hacía pocas horas, una cinta amarilla muy parecida a la que suele usar nuestro Akela en el brazo derecho cuando sale a buscar a alguien. Él nos contó algunos meses atrás, que había soñado con la Virgen María y que en el sueño él tenía una cinta amarilla pinchada en la manga derecha de su uniforme scout. La Virgencita habíale dicho que si alguna vez se acordaba del sueño y le gustaba, hiciera algo para no olvidarse. Y como Akela lo recordó un día que estábamos en medio de un juego de rastreo, decidió ponerse la cinta cada vez que hiciéramos algo por el estilo. Además, en el extremo de la ramita descansaba arrugado un pedazo finito de piel y una pequeña gota de sangre.

No era seguro, pero parecíamos estar investigando en el sitio y la dirección correctos. De ahí en más, hallamos

varias ramas torcidas o rotas, pastos pisados y otras huellas por el atajo.

Terminaron los pinos y cuando nos disponíamos a escalar el primer médano, comenzó a soplar ferozmente un viento que obligó a detenernos. Nos refugiamos en la salida del bosque, atrás de una de las coníferas y cerca de dos árboles añosos con aspecto de eucaliptos. Al rato se largó a llover. La arena que nos golpeaba en la cara y los brazos, mezclada ahora con el agua, casi lograba enmilanesarnos.

Amainada medianamente la tormenta, en lo alto del primer médano vimos aparecer negra una silueta humana y detrás de ella otras cuatro. De pronto, la silueta empezó a correr moviendo las manos y gritando. Cuando estuvo suficientemente cerca lo supimos: era Akela, ¡y estaba sano, gracias a Dios!

Pero ¿qué gritaba?

El viento nos impedía oírlo bien. Decía algo así como “... cuidado lobatos scouts... el árbol...”

Akela ya casi nos alcanzaba cuando miramos hacia el cielo y vimos que el viejo árbol a nuestra izquierda estaba empezándose a tumbar hacia nosotros. El viejo lobo en segundos llegó y con su gran fuerza comenzó a sostener el tronco para que lográramos escapar. Yo era el último que salía y cuando estaba corriendo, me acordé

de Mendoza del Calzoncillo, volteé el rostro hacia atrás y vi que una enorme rama de otro eucalipto (o lo que fuera), se despegaba de donde estaba unida y empezaba a caer hacia el otro árbol, adonde se encontraba todavía Akela sosteniendo.

-¡Noooooo!- me detuve. Y al grito de -Akeeeelaaaaa...!- corrí lanzándome sobre el viejo lobo e intentando tirarnos hacia una pequeña barranca que nacía allí cerca. Así lo logré, con la ayuda de Dios, y al llegar abajo del declive Akela y yo observamos cómo el árbol de la derecha partía cual un rayo al otro más reseco, haciendo un ruido espantoso.

Recordando la carta... ¿Habríamos pasado la primera prueba?...

¡No!; esto es lo que comentaba en la pista número uno: “... *Lo primero que tienen que hacer es encontrar al viejo lobo, acordarse de Juan Mendoza del Calzoncillo, y ...*”

Sin darnos cuenta, ya estábamos en camino.

## **Capítulo cinco: LOS MARINEROS**

En cuanto estuvimos a salvo, empezaron a llegar mis compañeros de seisena, los raiders, el jefe de tropa y atrás de ellos los demás grupos de scouts que habían salido a buscarlos y hacía un rato habíanlos encontrado.

Mientras volvíamos al campamento, cantando como casi siempre, Akela nos contó por qué habían estado toda la noche afuera: cuando llegaron a la playa e iniciaron la detección de huellas sobre la arena, empezaron a seguir lo que parecían cuatro pares de pisadas y unas rayas que denotaban el arrastre de un cuerpo. A los diez minutos arribaron a una pequeña gruta donde descansaban cinco marineros, uno de ellos con una pierna fracturada cubierta por un vendaje rudimentario. Los despertaron y se enteraron que eran muchachos cadetes de la Prefectura Naval que se hallaban en mitad de una prueba de supervivencia. -Nosotros los ayudamos a poner al herido en buenas condiciones, y ellos nos regalaron una tabla de piedra que habían desenterrado en la gruta y explicaba cómo descifrar o traducir la escritura de un idioma extraño al nuestro; pensaron que al Grupo Scout le podría servir.

¿Sería esa la gruta y la tabla sería el tesoro?



## Capítulo seis: BUSCANDO EL TESORO

No queríamos esperar más, el guía de nuestra manada ya comía con nuestros cachorros y cuando terminara, estuviera o no cansado, íbamos a contarle lo de la carta.

Así lo hicimos y en cuanto despegó ambas nalgas del tronco-silla sobre el que reposaban, corrimos los seis, lo tomamos de los brazos y nos dirigimos al cubil.

Allí le relatamos la historia completa, desde la playa al anochecer hasta el rastreo por el atajo. Y entre todos, decidimos compartirlo con nuestros hermanos lobatos, para que nos ayudaran a encontrar el tesoro.

Preparada la misión exploradora, el viejo lobo habló sobre su raíd y dijo que nos llevaría al sitio adonde él se detuvo en su momento, para rezarle a la Virgen María y charlar con ella algunas cosas que debía decidir no sabía cómo.

Akela había realizado su raíd a un par de cientos de kilómetros de allí, así que ese mismo Viernes Santo, cargamos las camionetas y emprendimos la expedición a través de las rutas.

Nuestro andar comenzaba siendo gris y de asfalto, no como yo lo había imaginado. Pero al llegar, pisamos sobre la tierra y el pasto frescos y llenamos los pulmones

de aire puro. Caminamos diez o veinte minutos hasta entrar en un pequeño claro entre los árboles y allí nos detuvimos. Era el lugar que indicaba la primera pista. Ahora necesitábamos resolver la incógnita: “... *Allí encontrarán el mapa en lo más alto que del piso sale...*”

Muchas cosas altas no había cerca nuestro, y algo que sale del piso y llega hasta el cielo, suena a árbol. Seguro que el mapa estaba escondido o dibujado en la madera del ciprés más elevado que veíamos; cerca de la punta.

Ayudados por unos nudos que sabe hacer Akela (y nosotros todavía no) logramos subir al árbol dos chicos. Revolviendo entre las hojas, analizando rama por rama y desnudando momentáneamente cada trozo del tronco, no encontramos nada; nada que no fueran bichos y alguna que otra lastimadura. Me senté entonces a descansar con una pierna a cada lado de un doblez del tronco y pensando, se me ocurrió que cuando escribieron la carta, era muy posible que aquel ciprés fuera mucho más enano y se refirieran entonces a otro árbol.

Bajé.

De a pares, los chicos fueron subiendo y analizando la decena de árboles que nos rodeaban, comenzando por los más añosos. Pero no encontramos nada. Hasta que Akela, escalando nuevamente el ciprés intentando evitar

que éste se doblara por su peso, gritó que había encontrado el mapa.

Bajó y me pidió que subiera yo a entenderlo.

-Más arriba. Más arriba -me insistía- ¡Ahora! ¿Lo ves?

Yo no veía nada.

-¿Adónde?-

-Levantá la vista -me gritó Akela.

Miré entonces para adelante... y de repente, me di cuenta que desde allí arriba, tenía a mi alcance una visión panorámica de la zona. Ése era el mapa.

Pero ahora tenía que analizarlo, o encontrar alguna flecha o algo similar, formado quizás con accidentes del terreno, que indicara adónde comenzaba el sendero de huellas que conducía al tesoro.

Pensé y busqué un montón de tiempo sin darme cuenta de nada. El Sol se estaba poniendo y Akela me pidió que bajara. Igual, de estar mirando tanto tiempo, el mapa se pintaba como una fotografía en mi cabeza.

Armamos las carpas y nos acostamos a dormir. Esta expedición estaba siendo una aventura bárbara; ¡de película!; aunque era diez mil veces mejor estar ahí viviéndola que verla por la tele.

El sábado cuando nos levantamos y estábamos bebiendo el mate cocido me di cuenta...

Desde la copa del ciprés se observaba un paisaje ondulado, con varios verdes, grises piedra y marrones, pero al Oeste, directamente hacia el Oeste, se erguía la única sierra de la zona... tal como contaba la carta: "... *Era una gruta de piedra rodeada por árboles, cerca del abra de la única sierra de la isla...*" La única sierra, esa era la señal.

Arrancamos entonces hacia donde Febo se oculta, luego de levantar campamento.

Fueron seis kilómetros por el a veces espeso bosque. Cuando estábamos llegando a la falda de la serranía, un lobato dio con la pista que faltaba: eran huellas y bien marcadas, como para no pasar desapercibidas.

Toda la manada, en fila india (Akela iba al final), empezó a andar por el sendero marcado.

Como a las doce, poco antes de que paráramos para almorzar, se cruzó por nuestro camino un cachorrito muy flaco, que casi no podía caminar, y cayó exhausto al costado de las huellas.

Teníamos poca comida y poco tiempo, pero no podíamos dejarlo morir; así que lo cargamos, Akela le hizo algunas curaciones con el botiquín de primeros auxilios, le dimos leche suficiente y, cuando estuvo mejor, des-

pués de dejarle unos churrascos crudos para que se alimentara si necesitaba, nos despedimos y reemprendimos la marcha.

El sendero poníase empinado y nos faltaba un poco el aire. A punto estábamos de detenernos a descansar cuando de improviso, frente a mí que era el primero de la fila en ese momento, apareció agazapado un enorme puma.

Me puse blanco y un nudo en la garganta me atragantó el pensamiento. Sin esperar ni tres segundos el puma rugió y saltó desde donde estaba hacia mí. A medida que volaba y su sombra me cubría cada vez más oscura, comencé a lamentar que mi vida acabara en su estómago. Me sentía como un churrasco. Pero de repente, se agarró a mi pierna con mucha fuerza el pumita que acabábamos de ayudar, y que gracias a Dios prefirió seguirnos a quedarse con la carne que le habíamos dejado para que comiera.

Mamá puma aflojó su cuerpo y cayó pesadamente frente a mí (que empecé a dejar de sentirme churrasco). Miró profundamente a su cachorro, este rugió con su pequeña boca, mamá puma respondió el rugido, abrazó a su hijo, me miró con ojos vivos y agradecidos y se hizo a un lado para que pudiéramos pasar. Nunca olvidaré ese momento; el pumita nos decía chau con su patita cuando pasábamos.

Seguimos adelante.

A los quince minutos, arribamos a la orilla de un enorme arroyo correntoso que parecía imposible de cruzar. ¿Sería esa la segunda prueba y lo del puma habría sido la primera?

Capaz que sí, o capaz que no, pero ahora había que pensar cómo cruzar al otro lado del lecho de aquel caudaloso torrente. Saqué de mi bolsillo el mensaje de la botella y lo leí varias veces hasta que una frase saltó a mi vista: “... *Recuerden que cada camino de mil millas comienza con un paso...*” Tratamos entonces de encontrar las huellas que estábamos siguiendo, que al acercarse a la orilla se hacían más difusas. Las hallamos, y nos dimos cuenta que ellas continuaban al otro lado del arroyo. Eso quería decir que lo más seguro era que por esa zona se pudiera cruzar, y como nosotros sabíamos que la unión hace la fuerza, nos atamos todos de la cintura, amarramos nuestras manos, tomamos un palo para que quien iba primero revisara la profundidad, y nos pusimos en marcha.

Cruzamos; no fue difícil; pero cuando todos hubimos salido, arrojamos el palo al agua y vimos cómo éste entraba en un remolino incontrolable, golpeaba contra una roca y se destrozaba. Eso nos podría haber sucedido si errábamos el camino.

Descansamos un rato.

Cuando ya estábamos bastante secos reanudamos la marcha. Las huellas que seguíamos eran de un animal grande y pesado, a juzgar por el tamaño y la profundidad de cada pisada. También parecía que nuestro amigo caminaba despacio, ya que el fondo de la huella no era más profundo en la zona de la punta, ni había polvo de tierra floja atrás de los pasos, la que generalmente se desprende si el animal va corriendo.

Nuestras panzas rugían ya como el puma. Teníamos que merendar. Eran las cinco.

Akela se sentó junto a mí y me mostró que faltaba muy poco para alcanzar el abra, que es la parte más alta de la montaña, donde llegás y se “abre” la inmensidad del paisaje, y se puede sentir la fuerza de la Naturaleza que hizo el Gran Jefe.

De las ganas por llegar, mi panza estaba bastante revuelta. Una mezcla de ansiedad y nervios. Sabía que estábamos cerca. Nos paramos; eructé sin querer y volvimos a caminar.

Pasados seiscientos segundos (o sea diez minutos), nos encontramos frente a una formación rocosa en donde el camino se bifurcaba. Las huellas seguían hacia adentro de una cueva oscura. ¡Capaz era la gruta!, y al otro lado había unos árboles doblados que formaban una especie

de túnel, por donde se oía el canto de la brisa acariciando las hojas. Nos frenamos entonces a decidir.

Alguien propuso la idea de separarnos en dos grupos e ir uno por cada lugar. Uno de los lobatos de mi seisena pensó bien que el mensaje indicaba: “... *El mapa los ayudará a encontrar un largo sendero de huellas, que tendrán que seguir si realmente quieren descubrir el tesoro...*” Así que decidimos entrar en la cueva.

## Último capítulo

Sacamos de las mochilas varias linternas y empezamos a entrar. No hacía frío. Akela iba al frente por si veía algo peligroso. Yo dejé pasar a mis compañeros e iba cerca del final.

Todavía no habíamos entrado todos y cuando fue mi turno, me llamó la atención que escuché el croar de una ranita verde cerca de mi cabeza. Miré por encima de la boca de la cueva y allí estaba, parada al lado de una enorme piedra que tenía forma de zapato. Le dije si quería venir, la agarré con cuidado y la puse en el piso a mi costado para que nos siguiera. Pareció entenderme porque en cuanto me alejé empezó a acompañarme de a saltitos.

Habiendo entrado unos metros comenzamos a oír varios goteos, que sonaban como adentro de una botella. Del techo pendían varias estalactitas y cada tanto pasaba volando un murciélago. La roca se agargantaba de a trechos, labrando formas increíbles, que a veces llamaban al miedo.

Mientras avanzábamos lentamente, cuidando de no resbarnos, me puse a pensar si la ranita que venía con nosotros sería realmente una rana o un sapo. Le pregunté entonces a mi compañero de adelante si se acor-

daba cómo diferenciarlos: -Che, ¿te acordás cómo saber si un animal es rana o sapo?

Pero cuando dije eso hubo una especie de eco adentro de mi cerebro y en la caverna... sapo, sapo, sapo...

¡No!, había que tener cuidado con el sapo grande. Un sapo grande era un sapote... ¡Un zapato! ¡La piedra con forma de zapato! Y el viento; había que escuchar al viento y el viento hacía ruido en los árboles. ¡Era el camino equivocado!

-¡¡Alto!! Alto, alto, alto, ... –grité- ¡Rápido, salgamos! – y todos empezamos raudamente a desplazarnos hacia la salida, al tiempo que resonaba un enorme rugido desde el fondo de la caverna.

Salimos justo a tiempo y nos escondimos tras unas plantas. En seguida apareció por la boca de la cueva un gigantesco oso enfurecido, y continuó corriendo por el sendero de sus propias huellas, camino hacia el arroyo.

Cuando ya no lo escuchamos, decidimos descamuffarnos y caminamos sigilosamente hacia el sendero de los árboles, por donde cantaba el viento.

El túnel entraba unos cuarenta metros y de a poco iba estrechándose hasta cubrirse completamente de malezas. Abriendo las plantas con cuidado fuimos internándonos en el verde. Akela cortaba algunos pastos pinchados pe-

ro trataba de lastimar la vegetación lo menos posible. De repente, más allá de una serie de arbustos bajos, ante mis ojos y los de mis compañeros, se abrió la gruta de Nuestra Madre que estábamos buscando.

Sin que nadie nos diga nada, nos fuimos arrodillando y empezamos a rezar. Nunca lo había disfrutado tanto.

Después, excavando, empezamos a buscar el tesoro escondido del que hablaba la carta. La tierra no era fácil de sacar. Crecidas estaban las raíces de los árboles y muy posiblemente habían cubierto ya lo que nosotros buscábamos.

A medida que escarbaba con mis manos, fui pensando en lo que ya habíamos vivido, tal cual lo que contaba el mensaje. El rescate del viejo lobo; el mapa; las tres pruebas, la del puma, la del río y la del oso; y ahora ya estábamos en la gruta de la Virgen buscando el tesoro...

Mis dedos revolvían la tierra compacta y fresca, cada tanto me cruzaba una lombriz o un bicho bolita. Y de repente...

Toqué algo duro.

Y no era una raíz.

Los llamé a los chicos; escarbamos rápido y desenterramos un cofre de madera dura del tamaño de una sandía (pero cuadrado).

Lo limpiamos de tierra y en la tapa, tenía bastante claras unas inscripciones extrañas. Bellas, pero extrañas.

Tratamos y tratamos, con la ayuda de Akela, pero no logramos abrirla, hasta que haciendo palanca con varias estacas y fuerza entre todos “¡Crac!”

El cofre se abrió.

Adentro había una hermosa moneda dorada y un bellissimo collar de colores. La moneda era grande como un limón y tenía en los bordes escrito el abecedario y en el centro una imagen como la de la Virgen de Luján.

Miramos de nuevo la tapa del cofre, le pedimos a Akela la tabla con letras raras que le habían dado los marineros, y con sorpresa comprobamos que eran el mismo tipo de símbolos. En el centro de la tabla había un hueco con la forma de la moneda dorada. Pusimos entonces allí nuestra moneda, girándola hasta que calzara perfecto y descubrimos que a la “A” le correspondía un signo como la Luna, a la “B” otro como un ciervo, a la “C” otro, y así sucesivamente.

Traduciendo, la escritura de la tapa del cofre decía:

*YIUTU AMA ANARI SINYI*  
*AIU*  
*SEA TO AGUARI YUM*  
*DIP JAYA NINI TLASI*

Pero no entendíamos nada, no podía ser; ahí debía decir algo y era para nosotros.

Fue entonces cuando el viejo lobo sacó de mi bolsillo la carta y la leyó nuevamente en voz alta. Todos lo escuchamos.

Y decidimos hacer como lo hacían los indios.

Rezamos.

-... Madre de todos nosotros, por favor, si lo que dice en el cofre es importante, ayudanos a entenderlo.

Y viví allí el momento más hermoso de mi vida hasta hoy: nació entre nosotros la imagen de la Virgencita y nos dijo:

-Hijos míos, lean de vuelta la tapa del cofre y hagan lo que allí dice.

Miré entonces la escritura extraña y la entendí; decía:

*PON LA MANO SOBRE TU PECHO*  
*SIENTE*  
*AHÍ ESTÁ TU TESORO*

-Los amo –dijo la Virgencita y desapareció. Ella estaba vestida como la Virgen de Luján, o muy parecido, y sostenía entre sus manos un palo encendido con una llama en el extremo superior. Era Nuestra Madre, Nuestra Virgen, la Virgen del Tesoro.

En la línea inferior de la escritura contaba que el collar era de Jaya. Cuando volvimos, se lo regalamos a la Virgencita de nuestra iglesia.

*YIUTU AMA ANARI SINYI*  
*AIU*  
*SEA TO AGUARI YUM*